

gos, habian mandado hacer fuego sobre el pueblo, y que el palacio arzobispal habia sido devastado.

Despues de su salida de Conflans una turba procedente de Alfort, y que llevaba porcion de alumnos de la escuela veterinaria, se habia presentado alli para apoderarse del arzobispo, y conducirlo á Vincennes. Aquellos hombres confiaban en que se les rendiria la plaza, amenazando fusilarle, si no se les abrian las puertas de la fortaleza. No habiéndole encontrado, cometieron desórdenes en la casa, se bebieron el vino, forzaron armarios y escritorios, y se llevaron un telescopio y una cartera. Diferentes objetos fueron conducidos á la casa de ayuntamiento: la cartera fué registrada, y se leyeron sus cartas. La Fayette hizo mas tarde, á ruegos del arzobispo, inútiles esfuerzos para que se le restituyese esta cartera. Despues que marchó la turba de Alfort, el alcalde de Conflans mandó sellar la casa del prelado para conservar los muebles. Al cabo de tres semanas fueron levantados los sellos á solicitud del arzobispo.

Habianse sus efectos depositado en una pieza de la casa de ayuntamiento de Paris al lado de los arrebatados al cardenal de Rohan, quien detenido en su carruaje en Vaugirard, injuriado, golpeado, apuntado veinte veces (1), consiguió evadirse, permaneció oculto muchos dias en una casa particular, y al fin se ausentó de Paris. El birrete y el solideo de cardenal se hallaron asi mezclados con lo que pertenecia al señor Quelen: lo que dió lugar á que se dijese que el arzobispo de Paris era cardenal *in petto*, y que ya tenia las insignias. Tambien se le habia cogido su *pallio*. Trascurridos algunos dias envió al abate Quentin á la casa de ayuntamiento para reclamar

(1) *Historia de los Trapenses del valle de Santa Maria*, p. 56.

lo que se le habia arrebatado, tanto en el palacio arzobispal como en Conflans.

No tardó en saberse que la permanencia del prelado en casa de Serres no era un secreto, y se resolvió hacerle pasar á la morada de las religiosas del hospicio, perforando un tabique que separaba su habitacion de la de aquel médico. La operacion se practicó de noche con el mayor secreto. Se volvió á tapar el agujero, y se colocó un armario por delante. Las religiosas ocultaron al arzobispo y al abate Desjardins en un gabinete angosto, húmedo y frio, con un cántaro de agua y una botella de vino, y en él pasaron la noche. Este nuevo asilo estaba muy cerca del primero para inspirar seguridad, y solo era bueno para dar tiempo para buscar otro. El sábado 30, pensando Caillard que las sospechas no se fijaban ya en él, resolvió conducir al prelado al hospital general.

Por la noche se estaba paseando con Serres en la plaza de la Piedad, esperando el momento de hacer se evadiese el prisionero, cuando ven llegar á Godofredo Saint-Hilaire, profesor del jardin botánico, que enteramente solo iba hablando y gesticulando con calor. «¿Qué teneis, le dijeron, parecis furioso?—«Si, lo estoy. ¿Creereis que acabo de oír decir á algunas gentes tranquilamente: se dice que el arzobispo se halla oculto en Paris; se hace mal en ocultarle; es una cabeza que se debe echar á rodar al pueblo, para impedirle que pida otras. ¿Puede oírse esto á sangre fria? Pues bien, yo no soy devoto, ni conozco al arzobispo; pero le ocultaria en mi casa si se presentase.—«Nos hallamos en el caso, dijo Caillard tomándole del brazo: el arzobispo se ha hospedado dos dias en casa de Serres; pero ya no está alli seguro: reflexionad, ¿quereis recibirle en vuestra casa?—«Yo no me desdigo, contestó.» Acto continuo los dos médicos hicieron salir al prelado por una puer-

ta falsa, y Godofredo hizo abrir la de la verja en el rincon de la calle Buffon, entraron por ella, atravesaron el jardin á la luz de la luna, y llegaron á casa de Godofredo. El abate Desjardins quedó en la Piedad, donde no corria ya peligro alguno. Al dia siguiente se fué al convento de las religiosas de San Miguel, cuyo superior era.

Pero oculto ya el arzobispo en casa de Godofredo, se trataba de impedir se supiese. El profesor no habia tenido tiempo de preparar á su esposa para recibir aquella visita. Fué á buscarla y la trajo á donde estaba el ilustre fugitivo sin prevenirla cosa alguna. Al entrar exclamó juntando las manos é inmóvil de sorpresa: «¡Ay Dios mio, monseñor el arzobispo!» Despues, con aquella bondad generosa que es propiedad de la muger, añadió vivamente: «Comprendo lo que es esto. Yo serviré á monseñor; yo sola entraré en su aposento, y respondo del secreto.» El prelado permaneció cerca de quince dias en aquella casa, donde se le prodigaron los cuidados mas delicados y respetuosos. Pasaba las noches haciendo hilas para los heridos con la familia de Godofredo. Despues manifestó deseo de volverse á reunir á su amigo el abate Desjardins, en el convento de señoras religiosas de San Miguel.

En este intermedio, el 2 de agosto, la duquesa de Orleans fué al hospital á visitar á los heridos de julio. Mientras recorria las salas, Caillard se tomó la libertad de poner en sus manos un billete que decia: «Se suplica á la duquesa de Orleans conceda un salvoconducto al arzobispo de Paris, cuyos dias se hallan en peligro.» La princesa leyó el billete é hizo seña á Caillard para que nada digese. Antes de partir le preguntó por medio de Barbé-Marbois que la acompañaba, en casa de quién estaba el prelado. El doctor no se creyó autorizado para nombrar á Godofredo

Saint-Hilaire, y nombró á Serres. Durante el dia se le invitó á que se presentase al prefecto de policia. Este le dijo que no habia indicado la verdadera casa donde estaba el arzobispo, el cual no se hallaba en casa de Serres, y que era indispensablemente preciso saber donde estaba para velar por su seguridad. Caillard pedia tiempo para consultar á las personas que habian ofrecido asilo al prelado. El prefecto insistió; creia que debía inspirar mas confianza; la duquesa de Orleans estaba muy inquieta, y él tenia orden de no volver al palacio Real, por la noche, sino despues de haber adoptado medidas para la seguridad del arzobispo. Caillard, confiando en la lealtad de Girod (de l'Ain), nombró á Godofredo Saint-Hilaire, é inmediatamente se tomaron las medidas convenientes.

Las violencias que habia sufrido el arzobispo las esperimentaron tambien los misioneros de Francia en la calle del Infierno, y los jesuitas en Montrouge (1). To lo fué saqueado el 29 de julio en la casa de los misioneros: muebles, libros y efectos; hasta se puso fuego á las ventanas y puertas; se hubiera dicho que la casa acababa de ser tomada por asalto é incendiada. Los libros de los particulares, como tambien la biblioteca comun, fueron presa de los salteadores. Al superior, á quien se habia aconsejado que huyese, pero que tranquilo en su conciencia y confiado en el bien que habia hecho creia no tener que temer nada, se le apuntó para tirarle un tiro, y se libró con dificultad. En Montrouge, los sicarios no contentos con destruir todo lo que se hallaba en la casa, asolaron hasta el jardin. Iguales desórdenes tuvieron lugar en las casas de campo que los paules y el seminario del Espíritu Santo poseian en Gentilly (2).

(1) *Amigo de la Religión*, t. 65, p. 24.

(2) *Id.* p. 255.

No acabaríamos si hubiéramos de nombrar todos los eclesiásticos que en aquellos días de desorden se vieron insultados, amenazados y maltratados. Dos sacerdotes del clero de San Sulpicio, que volvían del cementerio del P. La Chaise, fueron detenidos en la plaza del Chatelet: uno de ellos se salvó á favor del grito *viva la Carta!* que se le exigía; el otro por no haber accedido bastante pronto á la misma exigencia fué tirado al suelo, recibió un sablazo y dos culatazos, y no perdió la vida porque un joven médico calmó la turba y le recogió (1). Otro sacerdote, perseguido por espacio de dos días fuera de la barrera, se ocultó en una cantera, vió la muerte de cerca, y se escapó dos ó tres veces como por milagro de las bandas encarnizadas que le perseguían. En el mismo mes, un hombre lleno enteramente todavía de exaltación revolucionaria entró armado con un fusil en la iglesia de San Pablo y San Luis, donde injurió y amenazó al sacerdote que se hallaba en el altar (2). Los lazaristas ó paules temiendo que otros malhechores, impulsados por el espíritu de impiedad ó de codicia forzasen la entrada de su santuario, volvieron al platero la urna de San Vicente de Paul, cuyo precio acababa de ser saqueado en el palacio del arzobispo, y los restos de un santo cuyas virtudes hubieran debido ser el objeto de una admiración universal, sin distinción de partidos, fueron ocultadas de nuevo al cabo de tres meses y se pusieron en lugar seguro (3).

El abate Paravey, sacerdote del clero de San German de Auxerres, había tenido que recitar las oraciones de la Iglesia sobre la tumba de los muertos de julio. El domingo 1.º de agosto, abiertos los templos que habían estado

(1) *Amigo de la Religión*, t. 65, p. 99.
(2) *Ib.* p. 242.
(3) *Ib.* p. 303.

cerrados por espacio de cuatro días, la obra que los insurgentes acababan de completar recibió en la iglesia de la Sorbona un homenaje inesperado. El abate Guillon, profesor de elocuencia sagrada en la facultad de teología, y después obispo de Marruecos, al hablar de los acontecimientos de la terrible semana, exclamó (1): «La divina Providencia acaba de señalar de nuevo con el mas asombroso beneficio la alta protección que en todo tiempo ha querido conceder á la ilustre nación de los francos. Si, franceses, somos verdaderamente el pueblo de Dios. ¿Podríamos desconocer su obra en la victoria que nos ha librado del yugo del despotismo y de los furros de la anarquía? Dios ha vegado solemnemente la causa sagrada de la libertad, del honor, de la religión del juramento. Después del santo sacrificio que vamos á celebrar por los vivos y por los muertos, entonaremos el cántico de acción de gracias. Cristianos, franceses, apresurémonos á hacer resonar los acentos de una piadosa alegría bajo las bóvedas de este templo, santuario de las libertades francesas. Cuando el peligro común hizo de todos los habitantes de esta vasta capital *un solo corazón y una sola alma* para la defensa de la patria, ¿podrían encontrarse corazones tan ingratos que se nieguen á unirse al común reconocimiento, después que la patria se ha salvado? No necesitamos, cristianos, hermanos míos, interesar vuestra sensibilidad para con las honorables víctimas de esas gloriosas jornadas: nuestros votos han sido prevenidos en este riguroso deber por los prodigios de la caridad mas generosa y compasiva. A pesar de haberse vuelto á abrir los templos, permaneció cerrada la basílica de Santa Genoveva (2). Un decreto de 26 de agosto, consu-

(1) *Amigo de la Religión*, t. 65, p. 131.
(2) *Ib.* p. 129.

mando su profanación, anunció que el Panteón se restituiría al destino que había tenido durante la primera revolución y que se restablecería la inscripción: «A los grandes hombres la patria reconocida.»

La Carta modificada lo reconoció ya la Religión católica como Religión del Estado: pero al hacer esta concesión á los revolucionarios impíos, los políticos que comenzaban á trabajar contra el movimiento de julio, y que sabían bien que no se desarraiga por medio de una simple fórmula legislativa el cristianismo del corazón de treinta y tres millones de hombres, obtuvieron que la Religión católica se declarase ser la de la mayoría de los franceses (1). Se añadió que todos los cultos gozarían de la misma protección (2). Sin embargo, parecía que solo la Religión católica fuese la exceptuada de esta protección, prometida á todos; pues solamente ella continuó siendo el blanco de ataques reiterados y de diarios insultos.

Entre los autores dramáticos había una vergonzosa emulación por acumular contra ella las ficciones mas absurdas é injuriosas (3). Se vió representar en los teatros, en el espacio de algunos días, el *Cura Mingrai*, el *Dominico*, el *Jesuita*, la *Abadesa de las Ursulinas*; miserables concepciones tan repugnantes bajo el aspecto literario como bajo el moral, en las que una grosera impiedad presentaba al sacerdote bajo las formas mas horribles, fingía en él la conducta mas escandalosa y el lenguaje mas vil, parodiaba las oraciones y ceremonias de la Iglesia, y poniendo las decoraciones en armonía con los personajes, ostentaba los signos augustos de la Religión como un objeto de risa en medio

(1) *Art. 6.º de la Carta.*
(2) *Ib.* art. 5.
(3) *Amigo de la Religión*, t. 65, p. 70.

de escenas de blasfemias y de burlas. Por honor de la Francia, las murmuraciones del público protestaron muchas veces contra las abominaciones que hacían retroceder este país hácia la barbarie.

El gobierno, que desde 9 de agosto presidía Luis Felipe, duque de Orleans, con el título de rey de los franceses, dominado por la efervescencia del momento, anuló las ocho mil medias becas afectas á los pequeños seminarios por el decreto de 16 de junio de 1828, suprimiendo así la única disposición destinada á templar una medida tiránica (1). Suprimió también la renta de los cardenales y redujo la del arzobispo de Paris (2).

Bajo un régimen de libertad, el ministro de cultos Merilhou, oponiéndose á los deseos de los fieles, pretendió que los obispos prohibiesen anunciar y solemnizar las fiestas suprimidas (3). Por otra violación de la libertad el mismo ministro mandó anular el decreto que autorizaba la sociedad de los misioneros de Francia (4), destinada á reflorcer mas tarde con el nombre de sacerdotes de la Misericordia. Barthe, sucesor de Merilhou, se propuso poner trabas en su ejercicio á la facultad de adquirir, reconocida en los establecimientos eclesiásticos y en las comunidades religiosas de mugeres (5).

La influencia de los acontecimientos de Paris se dejó sentir en las provincias, donde el clero tuvo que deplorar los resultados de la efervescencia popular.

En Nancy iba á abrirse el retiro pastoral, y no pudo efectuarse (6). Forbin-Janson, obispo de esta ciudad, objeto mas particular

(1) *Amigo de la Religión*, t. 65, p. 525.
(2) *Id.* t. 66, p. 165.
(3) *Id.* p. 321.
(4) *Id.* p. 470.
(5) *Id.* p. 532.
(6) *Id.* t. 65, p. 83.

de los furiosos de la muchedumbre, se vió obligado á huir á tierra estraña por no ser victima de la exaltacion de los ánimos. El pueblo que le buscó y persiguió en vano, se vengó de este chasco en el gran seminario. Se presentó en él de tropel en la noche del 30 de julio, y derribó las puertas; una granizada de piedras rompió las ventanas que daban á la calle; llegados á lo interior los furibundos, nada dejaron intacto; destrozaron los muebles y arrojaron á la calle los colchones, que fueron quemados; bajaron luego á las bodegas, y despues de haberse embriagado, deramaron y rompieron las cubas. Los dias siguientes se presentaron hasta tres veces en esta casa desolada con pretesto de hallar en ella armas, las que seguramente no se hubieran escapado á las primeras pesquisas. Posteriormente la guardia nacional del Puente de Mousson invadió el pequeño seminario de esta ciudad.

En Chalons, algunos emisarios venidos desde Reims acalararon los ánimos del pueblo y se dirigieron al palacio arzobispal el domingo 1.º de agosto. Primero se quiso plantar en él la bandera tricolor, y hallándose cerrada la puerta, se escalaron las paredes. A las once de la noche se presentaron de nuevo pidiendo la persona del obispo; despues sintiendo no haber insistido, volvieron los perturbadores á presentarse despues de media noche y buscaron por todas partes al prelado. El señor de Prilly no tuvo tiempo mas que para ponerse una sotana y pasar á la catedral, desde donde se trasladó á una casa contigua: despues se retiró al hospicio. Durante este tiempo los devastadores, á quienes no pudo reprimir la guardia nacional, saquearon las bodegas. Muy luego las repetidas amenazas de incendio decidieron á cerrar por prudencia el pequeño seminario de Chalons.

En la diócesis de Besançon, una visita

de miciliaria que se hizo en el convento de los trapenses de Bellevaux fué acompañada de violencia y de saqueo. Los pialosos solitarios se desterraron á Suiza, de donde volvieron, cuatro años despues, á fijarse en el Valle de Santa Maria.

En Valencia (del Delfinado) la soberbia cruz de la mision de 1819, predicada con tanto éxito por el célebre predicador, el abate Guyon, fué derribada al suelo y destrozada. El abate Fie fué perseguido y ultrajado por algunos de los acreedores de la casa del refugio que él sostenia y cuyas deudas recayeron sobre él. El gran seminario nuevamente construido y casi terminado, gracias á la actividad de este virtuoso vicario general, fué invadido por la turba bajo la influencia de un diputado del departamento, y cosa inconcebible, esta invasion del gran seminario de Valencia dura aun, á pesar de tantas protestas y reclamaciones de la autoridad eclesiástica. En la misma diócesis, en el portazgo de Romans, en Chambeuil y en otros lugares, las cruces fueron quitadas por la autoridad de los alcaldes.

En Metz, la guardia nacional se apoderó, dos meses despues (1), de los dos seminarios contra la voluntad de la autoridad municipal; y para explicar este atentado, la prensa revolucionaria declaró «que las clases laboriosas de la sociedad veian con disgusto perpetuarse numerosas y costosas legiones de sacerdotes, á quienes su inutilidad hacia una carga pesada para el Estado, aun cuando no hubiera que defenderse contra el fanatismo de muchos de ellos.» En Verdun, se obligó á los alumnos del pequeño seminario á evacuarlo; en Meaux, la municipalidad reclamó el seminario que pretendió pertenecerle; en Perpiñan una comision decidió que el asilo de los jóvenes le-

(1) *Amigo de la Religion*, t. 65, p. 561.

vitas formase un espacioso cuartel (1). El obispo obligado á huir, el seminario desierto, espulsados cuarenta curas de sus parroquias, espuestos los demas á mil vejaciones, tal era á fin de 1830, el estado de la diócesis de Perpiñan (2).

En Nantes, el general Dumoustier mandó, en una orden del dia, prender á los sacerdotes que viajasen sin traje sacerdotal (3). La revolucion, prohibiéndoles en 1792 llevar este traje, los colocó en una situacion menos triste; pues al menos les daba un medio de librarse de la persecucion, en vez que prohibiéndoles abandonar el traje clerical se les esponia á ella.

Los prefectos rivalizaban en violencia con los comandantes militares. Asi, habiendo dirigido el obispo de San Claudio una circular á su clero, Pons (de l'Herault), prefecto del Jura, la remitió al Consejo de Estado por un decreto, en el que la calificaba de la manera mas injuriosa, acusando al prelado «de engañar á la Europa con su lenguaje emponzoñado, haciéndola creer que la época de la regeneracion de la Francia no era mas que un tiempo de desorden y persecucion, siendo asi que el orden reiaaba en todas partes y que la persecucion en ninguna existia (4).» El ministerio tuvo bastante pudor para no dar curso á tan estraña denuncia (5).

En la diócesis de Strasburgo habia una casa en que vivian en comun algunos individuos de la congregacion del Redentor, fundada por San Alfonso de Ligorio. En 1826 y 1828, estos sacerdotes, fijados en Bischemberg, habian sido objeto de la intolerancia del poder. Inmediatamente despues de la revolucion de 1830 el prefecto del Bajo Rhin or-

denó su espulsion (1), fundándose en que formaban una asociacion religiosa prohibida por las leyes, hecho materialmente inesacto. Los redentoristas invocaban la proteccion de las leyes, cuando el obispo de Strasburgo, creyendo deber evitar un conflicto, les retiró sus licencias.

En las poblaciones rurales el pueblo ignorante, pero crédulo, se dejaba influir mucho por todo lo que se decia contra los sacerdotes. Aqui el cura se veia obligado á alejarse; allí en el momento de subir al altar encontraba cerrada su iglesia. En otras partes, en fin, se veia condenado á la humillacion de pasear él mismo la bandera tricolor por su pueblo. Este se veia como preso en su casa rectoral con prohibicion de recibir á otros eclesiásticos; aquel se veia precisado á entregar al alcalde la llave de su iglesia (2). En un gran número de localidades se intimaba al clero bajo la forma de una invitacion, que biciese desaparecer las cruces de mision erigidas en las plazas públicas, y era una gran fortuna para el párroco cuando no tenia el dolor de ver derribar la cruz en medio del dia con violencia, ó hacerla pedazos durante la noche (3). En muchos puntos las visitas domiciliarias practicadas por la autoridad en las casas rectorales, designaban los eclesiásticos á su rebaño como malos ciudadanos (4). Cuando no se podia atacarles de otro modo, se les privaba de su renta sin juicio previo y por un simple acto administrativo: procedimiento en que jamás habia pensado el gobierno fiscal y opresor de Bonaparte; pero que se puso en práctica en la época en que mas se hablaba de conformarse al orden legal y de respetar los derechos de todos (5).

(1) *Amigo de la Religion*, t. 66, p. 55.

(2) *Ib.*, t. 67, p. 358.

(3) *Ib.*, t. 66, p. 87.

(4) *Ib.*, t. 66, p. 230.

(5) *Ib.*, p. 328.

(1) *Amigo de la Religion*, t. 66, p. 337.

(2) *Ib.*, t. 65, p. 242.

(3) *Ib.*, t. 66, p. 202.

(4) *Ib.*, p. 345.

(5) *Ib.*, p. 551.

Después de haber dicho que la revolución que acababa de estallar en el seno de París, estendió sus oleadas desde la capital hasta el fondo de las provincias, conviene recordar la importante distinción que hemos establecido entre los revolucionarios impíos, cuyos pensamientos y actos tenían por objeto la destrucción del culto católico, y los políticos que habiendo conseguido ser dueños del poder, y queriendo oponer un dique á la anarquía, no trataban sino de cimentarla con la Religión. Por el contraste de estos dos partidos y por los cambios sucesivos que sufrió su influencia, se esplican los destinos diversos del clero de Francia desde 9 de agosto de 1830 en adelante. Mas contrariado en su acción cuando los revolucionarios impíos dominaban en los consejos de la nueva dinastía, mas libre en cumplir su misión cuando los adversarios de aquellos tenían las riendas del Estado, tenía que sufrir las desagradables alternativas y consecuencias de todas las modificaciones ministeriales.

Después del 9 de agosto el arzobispo de París fué á dar gracias á la reina de los franceses por el interés que había tenido á bien tomarse por su suerte. Al final de la entrevista la princesa suplicó á Quelen con las manos juntas que no abandonase su diócesis, en la que su presencia era mas necesaria que nunca á la Religión. «Yo no puedo deciroslo todo, añadió la princesa; pero si os alejais, podrian suceder graves desgracias.» El arzobispo respondió que ni por un solo momento había abrigado el pensamiento de abandonar su puesto, y que en él moriría en caso necesario.

La recomendación de la reina de los franceses aludía á las esperanzas y esfuerzos de la Iglesia constitucional, cuyos vivientes restos parecían reanimarse á la voz de la revolución triunfante. El cisma, precursor de la persecución, podia ensayarse sino con éxito,

al menos con audacia, si la negativa de las oraciones acostumbradas para el nuevo jefe del Estado y la del juramento por parte de los obispos suministraban á los enemigos de la Iglesia ocasión de escitar al pueblo contra el clero. Enrique Gregoire, antiguo obispo constitucional del Loir-et-Cher, era la bandera á cuyo alrededor se agrupaban los cismáticos.

El rey de los franceses pensó prevenir las negativas, que por otra parte hubieran sido un obstáculo mas al establecimiento de su poder. Su proyecto fué desde luego enviar á Roma al señor Gallard, obispo electo de Meaux. Este prelado hubiera espuesto á Pio VIII la nueva posición de la Iglesia de Francia, y pedido que la Santa Sede fijase la línea de conducta que debía observar el episcopado. Gallard era confesor de la reina de los franceses; pero debía su nombramiento á Carlos X, y obedeció á un sentimiento de delicadeza declinando esa comisión.

Solicitóse del señor Quelen, en una entrevista con el rey de los franceses, tomase la iniciativa del juramento en la Cámara de los Pares, porque el ejemplo del obispo de la capital, y de un obispo como él, determinaría á todo el clero á imitarle. «Sería un error creerlo, respondió el prelado; el gobierno que hubiese recibido mi juramento tendría á Quelen deshonrado, pero no tendría á la Iglesia de Francia. Solamente el Papa puede decidir la cuestión. Si autoriza el juramento y las oraciones para el jefe actual del Estado, se prestará este y se dirán aquellas en todas partes: si las prohíbe, seré el primero en obedecerle, y estas oraciones públicas que yo he creído deber permitir, las prohibiré tan luego como me sea conocida su voluntad.» El príncipe invitó entonces al arzobispo á que enviase alguno á Roma para que consultase á Pio VIII. A fin de preparar y obtener lo que

era necesario para una negociación tan importante, atravesó Quelen muchas veces los barrios mas populosos, abandonando la conservación de su vida al celo de sus amigos, y oyendo con la calma imperturbable de la probidad desconocida las furibundas é indecentes calumnias que después de los acontecimientos de julio contristaron á las personas virtuosas. Finalmente, en un tiempo en que saqueado, arruinado y proscrito, no tenía ni una piedra para descansar su cabeza, no retrocedió ante los sacrificios mas onerosos (1), y por sí solo costeó los gastos de la negociación, pues esos gastos no le fueron reembolsados.

Desde el momento en que el rey de los franceses le invitó á que consultase á Pio VIII, el arzobispo pensó encargar al Sr. Caillard, que le había acompañado al Palacio Real, hiciese el viaje á Roma. Pensaba que no se podría sin grandes dificultades, atendido el presente estado de los negocios, encargar de esta misión á un eclesiástico, y que habría riesgo de que se descubriese el incógnito, que tan esencial era entonces de guardar. Aquí dejaremos hablar al negociador elegido por el prelado (2), haciendo observar sin embargo que la relación publicada por Caillard es estraña al Sr. Quelen, quien no juzgó conveniente tomar previo conocimiento de ella.

«En una reunión en que se encontraban las personas mas recomendables y en la que se espusieron todos los males que debían resultar de la vacilación del clero y del cisma que amenazaba á la Iglesia de Francia, si conforme á muchas proposiciones presentadas ya en la cámara de los diputados se prescribía un juramento de fidelidad, se decidió unánime-

(1) Relación de Caillard en la Crónica de julio de 1830, p. 266.

(2) *Id.* p. 280.

mente, á propuesta del señor arzobispo de París, que el único medio eficaz de prevenir estos males era enviar directamente cerca del Papa una persona de confianza para hacerle conocer el estado verdadero de la Iglesia de Francia, y suplicarle interpusiese su poderosa influencia en aquellas críticas circunstancias... Inmediatamente después de la reunión de que acabo de hablar, y cuando yo volvía acompañando al arzobispo que había asistido á ella, supe que había contado conmigo para desempeñar cerca del Papa la difícil negociación acordada en la conferencia... Después de ocho días de oposición, acabé yo, lo confesaré, acabé por tener la debilidad de creer que en efecto podría ser de alguna utilidad á mi país... No debía perderse tiempo alguno: el plazo para el juramento de los pares estaba próximo á espirar, y había parecido muy importante que se prestase por el arzobispo.

Caillard salió de París el 20 ó 25 de agosto, y después de un viaje hecho con una gran celeridad, llegó á Roma. Se apresuró á entregar sus cartas á las personas á quienes le había dirigido el Sr. Quelen. El prelado suplicaba que lo mas pronto posible se obtuviese á su enviado una audiencia de Pio VIII. En efecto, le fué concedida á los dos días de su llegada, y el prelado Sala, después cardenal, le condujo á Monte-Caballo. El extranjero quedó admirado de la sencillez del mueblaje del palacio y de la amabilidad del Santo Padre. Pio VIII le recibió con bondad, le hizo sentar y se enteró de las cartas que le presentó. Una estaba escrita al Papa por la reina de los franceses, en nombre de Luis Felipe; la otra era del arzobispo de París. Pio VIII pareció admirarse de que el prelado le consultase sobre el juramento, porque se acababa de recibir en Roma la *Gaceta de Francia* que anunciaba que él había prestado ya juramento como par de